

Un epistolario de Vicente Aleixandre*

Vicente Aleixandre era dueño de una cortesía y de una sensibilidad tales que le imposibilitaban para tomar a la ligera la menor relación humana. Cada carta que recibía, le parecía —si no una llamada— un don de parte de quien la había escrito, y se sentía con la obligación moral de responderla. Así, su correspondencia fue extensa y fecunda. Para quienes le han leído —y le leen— forma parte, en gran medida, de su obra total y su publicación es, pues, legítima y necesaria.

La selección de cartas dirigidas a su fiel amigo José Luis Cano es ya una muestra importante de ese abundante epistolario aleixandrino que, poco a poco, irá saliendo a luz para información del gran público. Estas cartas serán para muchos una revelación ya que contienen páginas de interés verdaderamente capital e «iluminan» la obra desde el hombre que la hizo: el poeta habla a su amigo —y ahora a nosotros— del estado de su cuerpo y de su alma, del desarrollo de su trabajo poético —a compás de aquéllos—, de su mundo íntimo —sentimental y amoroso—, de su visión cósmica, de su relación con poetas y literatos, de algunas opiniones suyas sobre la política, el entorno social y la condición humana. Su espíritu —sensible y racional— se vuelca hacia el mundo —si no se confiesa íntimamente— y desliza consideraciones de todo tipo en torno a su época —sin faltar matizada crítica literaria— con una nitidez expresiva clarividente. Hay cartas —opinamos— de enorme valor poético y otras que testimonian el incesantemente renovado interés por todo de Vicente Aleixandre. Es notable su excepcional receptividad y permeabilidad. En casi todas sus cartas, además, se percibe una emanación poética pero enraizada siempre en lo humano. En este epistolario no entrevemos sino que «vemos» frente a frente al poeta —lector, viajero, hombre sufriente— que siempre desvela sus preocupaciones físicas y espirituales desde agosto de 1939 a julio de 1976. En este período Vicente Aleixandre crea obras capitales suyas y, mientras las compone con cuidado sumo, le asedian la enfermedad, la opresión política, la marea literaria que de algún modo llega hasta él. Libros, paisajes, gentes conocidas o adivinadas intuitivamente, etc., dejaban huellas en su imaginación y sensibilidad de gran poeta. Su cuerpo enfermo le produce el mayor de los sufrimientos: no es capaz de crear poesía en estos períodos de «sequedad». Sus dolencias succionan y agotan su fuerza creadora, y nada le estimula: «Como sabes, yo necesito sentirme bien para escribir poesía» (LXIX, 21-VII-1959). Esta es, para él, una obra de salud, de fervor: paisaje, estados de alma, sueño y realidad, le animan entonces a expresarse, a seguir concibiendo poemas.

* *Vicente Aleixandre, Epistolario. Selección, prólogo y notas de José Luis Cano. Alianza Tres. Madrid, 1986; 257 págs.*

Este *Epistolario* —con sus 126 cartas— documenta, confirma y completa la total creación aleixandrina, siendo además cabal testimonio de una amistad intensa y devota. Se abre a todo y a todos.

Es legítimo añadir —repetimos— a la obra total de un gran poeta las cartas que escribiera en vida como parte inseparable de aquélla. Su correspondencia será siempre una fuente de información autobiográfica e histórica, y un complemento en prosa de importante valor literario esencial a su obra creadora. Sus relaciones epistolares acrecen de manera preciosa nuestro conocimiento del hombre y del escritor. Sus cartas suministran con frecuencia los motivos que inspiraron su verso y su prosa, recuerdos a la vez vivos y ensoñados. Manifiestan —insistimos— gran número de sus preocupaciones físicas y espirituales que el lector avisado puede trasponer a sus poemas y descubrir de qué modo se translucen. Páginas —sobre el amor, la amistad, la poesía, etc.— son de interés verdaderamente primordial ya que en ellas el poeta se confiesa, precisando actitudes —incluso— hacia su patria, hacia la libertad opuesta a la tiranía. Por ejemplo, después de leer a Blanco White, se lamenta: «Terrible España. No sé si algún día el fanatismo y la extremosidad dejarán de ser su carácter sobresaliente» (CXXII, 10-VII-1975).

El *Epistolario* —seleccionado y lúcidamente prologado por José Luis Cano, su destinatario directo y único— desvela una profundidad psicológica sorprendente que esclarece aspectos de la personalidad humana y literaria de Vicente Aleixandre. Es, finalmente, un retablo magistral de los últimos lustros existenciales de nuestro premio Nobel.

José Luis Cano es quien recibe la inmediata comunicación del poeta: es —podemos decir— su mensajero, su intermediario, su confidente de máxima confianza. La íntima conversación nos es transmitida por estas cartas al ser publicadas con tanta fortuna: el poeta, ahora, habla también para nosotros. Le vemos vivir, pensar, sentir, sufrir, renacer... Cartas «personales», sí, a las que hoy todos tenemos acceso. Su riqueza comunicativa es siempre actual: exponen, narran, exhortan, sugieren, consuelan, aman..., sin ningún didactismo, libre y cálidamente humanas, sin ninguna retórica específicamente epistolar. La «*philophronesis*» —sentimiento amistoso— es el principio que informa este *Epistolario* y sólo exige sinceridad, sencillez, brevedad y estilo «llano», aunque pleno de «decoro» poético. Ni un ápice de retórica clásica o renacentista. Vicente Aleixandre no practica la «epistolografía» sino que, simplemente, se «comunica» —como quería con sus versos— con el destinatario —lector— amigo. Aunque hay párrafos tan bellos que pudieran servir de prefacio a libros aleixandrinios. Cartas —de variada extensión— sin artificialidad literaria, escritas a corazón abierto o desnudo, a flor de piel sensitiva... Diríase que son desahogos de su alma vertidos en la del amigo leal y sensible.

Con excepción de algunas, estas cartas fueron escritas en Miraflores de la Sierra, lugar de veraneo y descanso para el poeta desde 1925. Según escribe, se lo sabe de memoria: «La tierra me es familiar. Si yo soy andaluz, sevillano-malagueño, soy también un poco de Miraflores. Aquí vine enfermo, enfermísimo. Aquí he vuelto más sano. Aquí he venido sin amor y he venido enamorado. Aquí he acariciado las más dulces memorias y aquí he sufrido las más punzantes agonías. Aquí he escrito libros o parte de ellos...» (XXVIII, 5-VII-1945).

A través de este *Epistolario*, la manera de ser de quien lo escribe va emergiendo día por día. A veces, en referencias a sus propios libros. Aludiendo a *Historia del corazón*, piensa que si se hubiera muerto sin haberlo escrito, su poesía hubiera quedado incompleta: «con zonas de mi alma que hubieran quedado sin expresión. La piedad, la comprensión humana, la tolerancia para comprender un poco a los seres, que en mí pueda haber, no se habían entonces reflejado en mi poesía. En este libro aparecen y trasminan constantemente. Por eso quiero tanto a ese libro y lo siento tan próximo» (LIV, 4-IX-1954). También cree en la fortaleza íntima: «Nada coopera en el mundo desde fuera. Todo es un largo, un conmovedor triunfo de la fortaleza interior» (LIV, 4-IX-1954). Con estas palabras se autorretrata, en lucha siempre con la enfermedad que conspira contra su obra creadora. Sin embargo, siente interés por cuanto ocurre en el mundo, a pesar de su aparente aislamiento: «Cuéntame cosas; ya sabes que todo me interesa» (LXIV, 19-VII-1958).

Temas centrales

La lectura de estas cartas permite seguir el hilo de varios motivos capitales que confieren al *Epistolario* una sostenida unidad de «confesión» humana, muchas veces emocionante y siempre «iluminadora». Nos parece obligado destacar los más sobresalientes y significativos.

1. **El dolor.** El cuerpo enfermo es para Vicente Aleixandre una «cárcel» y el dolor físico le inspira líneas de gran belleza romántica —podríamos apuntar—: «Castigado en un cuerpo, hoy de más vuelo corto que nunca, siento unas alas inmensas forzosamente plegadas, machacadas, pero sintiendo por ellas mi sangre continuamente; y héme aquí que me mata, que no puedo, que me enfermo y acabo». Su cuerpo débil es su «maniatada residencia». Y añade con desesperación: «Nací para la luz, el amor, la libertad, y desde mi oscura sombra, ramalazos de iluminación que deslumbran mi corazón me dan la conciencia de este inmóvil destierro. Un poco de salud y yo sería dichoso. No pido otra cosa. La salud en mí es el amor. Sólo la quiero para vivir en plenitud, para no sentir el cuerpo, para olvidarme de mi oscuro dueño» (XIX, 17-XII-1943). Patéticas líneas que completan otras, escritas años más tarde: «El cuerpo es una maravilla en la salud. Pero el cuerpo insuficiente, doliente, es cárcel, dolor, testimonio de un límite que odiamos. ¿Quién dispondrá del destino de las criaturas? ¿Qué Dios ciego, masa brutal de eterno desamor, distinto del benigno Dios que se sueña? Comprendo resacas, saqueos, revoluciones... ¿Cómo no comprenderlo todo, si allá en el caos que se llama mundo, tan lejano del orden amoroso para el que pudimos nacer? Habitadores de la sintazón que llamamos vida. Un poco de amor compensa del eterno engaño. Pero cuando uno está mal, incapaz de amar, no se parece uno a sí mismo. El cuerpo enfermo, ni amor quiere. Y entonces uno ni ese consuelo tiene. Qué solo se siente» (XXXVIII, 26-VIII-1950). Y cuatro años después, confiesa: «Siempre he envidiado la salud, que es lo único que envidio. ¡Me siento tan inferior ante cualquier criatura saludable, por humilde que sea! La fuerza y la salud dan algo de los dioses al hombre. ¡Cuántas veces he experimentado yo, en cambio, la sensación de la más fea servidumbre!» (LIV, 4-IX-1954). Humana compasión nos estremece y admiramos más aún al

hombre que, pese al dolor, fue capaz de crear *Sombra del Paraíso*, obra de hermosura radiante y primigenia.

2. **El amor.** Frente al dolor —y unido a él— se alza el potente sentimiento amoroso que —dentro de este *Epistolario*— alcanza exteriorizaciones bellísimas, hondamente sentidas. Vicente Aleixandre sabe que la experiencia amor-dolor no es sólo suya, sino compartida, vivida por todos. Y con certeza afirma: «Como he besado labios ardientes o suavísimos, como he poseído cuerpos adorados, exactamente lo mismo que he sufrido mi dote de dolor, que no era mío sólo, *porque yo sé que he sufrido por muchos que no sufrieron. Porque yo no soy yo solo*» (II, 3-IX-1939). El poeta representa al hombre: es el hombre. El amor es pura electricidad de los aires y de la tierra sentida, sobre todo, en contacto con la Naturaleza, en Miraflores. Vicente Aleixandre entona, ahora, un canto al amor, uniéndolo a la amistad y a la muerte, en un fragmento que es un verdadero poema en prosa que linda con la elegía:

¡Ay, el amor...! Nadie como yo goza en el amor, y sufre por amor. Los acentos más grandes de mi vida me los ha inspirado el amor. Pero del amor se despierta. ¡Ojalá se despertara en la muerte! No, se despierta en la vida, en la soledad de la vida, y con qué relieve se la palpa herididamente. Sólo la amistad puede perdurar. Sólo esa seguridad privilegiada (cuán raramente se la alcanza) sostiene el afligido cuerpo, lo que hallamos de nosotros en el despertar cruel de nuestra muerte engañosa. Por eso una amistad, una hermandad, es lo único que alivia la experiencia relampagueante de la vida. Un corazón que nos quiere y nos entiende, que delicadamente vive en nosotros, es lo único que da cierta firmeza al suelo de nuestra existencia.

Muerto está Miguel [Hernández], que fue mi amigo. Aquel relámpago de mi vida, aquel amor contemporáneo de mi amistad con Miguel, me trajo la experiencia de su cariño hermoso. Y en la mayor desolación de mi vida, él supo, Miguel, sostenerme de algún modo, poniendo su gran corazón como tierra benigna, como madre tierra, sobre la que yo pudiera llorar. ¡Cómo desahogué mi corazón! Bien recuerdo sus ojos, sus claros ojos que me miraban, entendiendo, atendiendo, abrigando, casi acariciando, como madre, como tierra madre. Porque un amigo en los momentos grandes es hasta misteriosamente eso: tierra y madre... (XI, 21-IV-1942).

(Recordemos que Miguel Hernández falleció en el Reformatorio para Adultos de Alicante el 28 de marzo de 1942 y que Vicente Aleixandre debía sentirse hondamente afectado por su temprana muerte.)

Pero la vida sigue y el amor también. El poeta lo definirá así: «No es un engaño el amor, aunque también lo sea [...] No es engaño cuando ponemos la mano en nuestro corazón: aquí está. Y lo es ahí fuera, en cuanto su tránsito se desvanece como una luz que un instante se toca con la de nuestro propio corazón para dejarnos inmediatamente. Relámpago, sí, relámpago de eternidad.

«Quizá por eso es lo mejor del mundo. Algunos poetas pasamos por la tierra con memoria de cielo. Trasunto de un fallido destino es esta memoria dorada o esta hambre insólita y poderosa, esta fuerza, relámpago corporal que asido por nuestra mano aún manejamos lúcidamente de vez en cuando, con sorprendente efecto» (XII, 2-VIII-1942).

Sintiéndose enfermo, reconocerá que «el amor es fugacidad» (XIX, 17-XII-1943). Al comienzo del mismo año, había afirmado que «la muerte es el amor definitivo» y, reconociendo la transitoriedad de la belleza corporal, teme al amor: «Porque yo nací para amar como un dios (porque sólo un dios puede amar así con soberanía). Y no

soy más que un hombre. Las fuerzas que en mí desarrolla el amor son infinitamente superiores a mi fuerza de hombre, de carne mortal. En mí encarna entonces, se agita, me posee y me destroza un espíritu celeste que necesitaría un cuerpo soberano de dios poderoso en el que equilibrarse, y que yo no puedo ofrecerle. Por eso temo, temo sentirme arrebatado a mi destino, ensalzado a esa gloria, éxtasis único en el que me destruyo, fuego, hoguera en la que me alzo lamiendo con mi frente los cielos, como una llama; en la que pierdo mi memoria de hombre, que ya no quiero, transitoriamente divino en mi lumbre. Pero cuando cesa, cuando regreso aquí, entre los demás, vengo muerto, ruina de ángel, porque en cambio, ay, vuelvo sin perder la otra divina memoria. ¿Me comprendes, José Luis? Tal es mi destino. De él sólo sale ganando el poeta, que recoge los pálidos destellos para ofrecer a los otros, pero que nada valen, nada son, porque yo sólo sé de qué lumbre paradisíaca son el muerto destello» (XIII, 12-I-1943). Escribe estas frases para explicar a José Luis su «temor» al amor, aunque sabe que sólo en él su corazón alcanza su celeste magnitud. Se sabe nacido para amar, «para la hermosa libertad del amor, como un río tendido sobre la tierra» (XXVII, 21-VIII-1944), pero se halla enfermo y retraído del amor...

Pasa el tiempo y el poeta, ahora, distingue entre el amor y la amistad, sentimientos igualmente profundos. El amor es, para él, «absorbente» y «gobierna la vida», «decide de ella». «La amistad, por cálida que sea, es más modesta, de fuego más templado, y ella no decide, al parecer, del rumbo de nuestra existencia. Es justo que así sea, lo sé, porque la templanza que ella puede ofrecer no es comparable con ese otro primario sentimiento sobre el que está edificada nuestra vida. No es comparable por ser distinto, aunque sí lo sea muchas veces en condiciones en que le son peculiares y en que vence al amor mismo. Por ejemplo en su capacidad de duración. Un gran amor es sustituible (aunque parezca mentira). Los grandes amantes han vuelto a amar, y la viudez del alma casa de nuevo con otra alma, porque el amor es siempre el mismo: sólo cambia, a veces, su delicado soporte. Pero el amigo, por no proceder ese sentimiento del mismo instinto poderoso y urgente, no es sustituible. Lo creo así» (XXX, 18-VII-1946). Y continúa señalando las diferencias que existen entre el amor y la amistad para terminar asegurando su concepto pesimista del amor. Pero, al año siguiente, escribirá esta afirmación rotunda: «El amor es para mí el imposible reino total. ¿De qué vale ser un poeta, escribir unos libros, dejar ahí algo del corazón que vivió y amó y sufrió? Daría todos mis libros por una felicidad amorosa en esta vida. La felicidad del nombre en el mañana (suponiendo que exista) no importa. Primero es la vida, aquí, concreta, con el amor y el sueño. La vida, la vida amante. Con sus límites: la muerte, que viene cerrando los ojos del amante, coronando una dilatada actividad realizada. Poesía: ¡pobre sueño! Amor, única verdad del hombre» (XXXI, 17-VII-1947). Amor que, sin embargo, le causará sufrimientos, además de alegrías; que le hará desear el olvido (XXXVI, 5-VIII-1950). Sabe, a pesar de todo, que el amor ha sido la clave de su existencia: «él me ha dado una conciencia de mí mismo que de otro modo no hubiera alcanzado. Si estoy cargado de algo, de un zumo espeso decantado a lo largo de la vida, si me reconozco, sé qué es o que me da conciencia y en dónde me he reconocido, en dónde he sido. En dónde soy» (XLII, 20-VIII-1952). El amor es la raíz de su ser y él es consciente de esta raigambre amorosa, potentísima, dulce y amarga.

3. **La vida.** Vida y utopía poética son consustanciales para Vicente Aleixandre. En la carta XLI encontramos una declaración solemne de esta verdad: «Pasan los años y cada vez amo más la luz, el color, el cálido vivir. Los sentidos son algo sin par. Cuando veo sobre las playas y bajo el sol cuerpos felices siento todo lo que es la juventud, tan intensa, tan efímera. Como la mariposa que vive un día, pero ¡qué esplendor el de sus alas! Nunca me arrepentiré de haber vivido, sabido vivir. Yo he tocado el cielo con la mano y todavía comulgo con su esplendor, y así lo haré hasta el borde de la tumba. No importa el conocimiento, ni el no ignorar, ni el seguir sabiendo. Yo como hombre y como poeta sé; no me chupo el dedo. Pero no he perdido nunca mi inocencia para acercarme a las fuentes de la vida. Es un pesar no ser joven, no vivir en ese futuro en que los hombres aparecerán jóvenes hasta el fin de la vida. Pero otros lo harán por nosotros. También quizá el mundo sea más justo, los hombres más felices en su coexistencia. No sé. Si ya no soy joven, al menos como lo quisiera ser, tengo el sentimiento de que me anegaré en ese futuro y que otros serán jóvenes por mí, como una nueva ola del mismo mar. Esta sensación y conciencia de continuidad la he expresado en poesía y me nace de lo más hondo de mi impulso. De todo esto quisiera seguir hablando en mi próximo libro de poemas» (20-IX-1962). Vida, pues, que no cesa, sino que se transfiere y se renueva: continuidad que se hace poesía, saltando por encima de la muerte o transcurriendo por debajo de ella.

4. **La muerte.** Vicente Aleixandre deja constancia —en su epistolario a José Luis Cano— de las heridas que va causando la muerte, «separación» definitiva: «Voy viendo marchar a amigos queridos, personas estupendas. Y por el otro cabo voy viendo morir a viejos compañeros. ¡Cuánta separación! Decía no sé quién que vivir es ver volver. Vivir es partir más bien. ¿Quién vuelve?» (LXVIII, 8-IX-1958). «Los tres amigos a quienes más quería antes de la guerra (no cuento a Dámaso) están muertos: Federico, Miguel, Manolo. Es horrible. Parece increíble, y yo mismo no lo creo. Al morirse Manolo [Altolaquirre] se mueren todos otra vez» (LXXX, 6-VIII-1959). «La vida es cruel y es terrible ver desaparecer a los seres que quisimos y alegraron con su bondad nuestra existencia» (C, 6-VIII-1965). El poeta —advertimos— no se extiende en lamentaciones elegíacas, sino que, más bien, recata su sentimiento y lo interioriza.

5. **La amistad.** Ya vimos cómo el poeta contrastaba el amor con la amistad. Esta es, sin duda, un tema importantísimo *per se* puesto que es el motivo fundamental de esta correspondencia entre dos amigos dilectos: es consuelo en la radical soledad del hombre. La carta XI podría subtitularse «Carta de la amistad», en la que José Luis Cano y Miguel Hernández son sus protagonistas. En cuanto al primero, escribe Vicente: «Tú eres el único amigo en quien yo puedo descansar de esta ruda faena de vivir, de alentar. Me prometes asistirme cuando me falte «el pequeño amor». No me faltes tampoco mientras él me dure. Hasta el fondo de mi alma te necesito. Qué buena esa inspirada fidelidad de que me hablas. Es la vida tan dura, siempre, a pesar de todo, que esa seguridad de ti —la única que yo acaso tenga fuera de la de mi hermana— parece que me aplaca un poco, apacigua este miedo último a la soledad, a la incurable soledad que rodea al hombre y contra la que se debate» (21-IV-1942). Muerto Miguel Hernández, Aleixandre proclama a José Luis Cano su único amigo verdadero, su confidente, humano apoyo en su soledad. Tres años más tarde, añadirá aún: «Adiós, José bueno. Tú eres

el descanso de mi alma, la gran seguridad de ella, y tú, mágicamente, alivias mi corazón» (XXVIII, 5-VI-1945).

En cuanto a sus amigos generacionales, quiere ofrecerles a todos una prueba de eterna amistad y homenaje. Al referirse a su obra *Los encuentros*, explica a José Luis: «Y me gusta dejar semblanza de toda mi generación (hablo de nueve poetas, de Salinas, de Altolaguirre), para que se vea siempre la fraternidad en que vivió y que a mí me ha permitido escribir sobre todos ellos. Lo más feo que puede dejar un poeta es una imagen cicatera de uno, y me siento alegre de circular por dentro de este libro en la compañía de todos» (LV, 12-VII-1955).

6. **La poesía.** Para Vicente Aleixandre, los poetas son «ángeles desterrados de su celeste origen» (*Sombra del Paraíso*), aunque de carne y hueso. Pero en la carta II, confidencialmente, precisa: «ángeles desterrados de un mundo que vagamente recordamos y presentimos, y al que anhelamos retornar con toda la sed de nuestros corazones. Las alas se nos notan, pueden tocarse su bulto apenas disimulado bajo la ropa. Como pueden verse como un rastro fugaz y resplandeciente, en donde anunciamos un mundo entrevisto en el éxtasis, no sé si profecía o si recuerdo, pero sí imagen de nuestro ineludible destino. Yo sí, yo traigo y presento a los hombres un mundo elemental, cruzado de luz y sombra, donde los instintos del hombre han sobrepasado los límites de su cuerpo, para informarse en las fuerzas oscuras, cósmicas y telúricas, bien ajenas como conciencia a la alegría o al dolor humanos. Ajenas ellas, no nosotros, a su invasora realidad totalizadora. Y en medio del dolor y de la alegría, créeme, hay algo en mí que me salva de mi propia destrucción o abandono, del desmoronamiento ante la ciega inutilidad del vivir; y es la relampagueante conciencia súbita de que yo soy expresión también, completamente incontrolable, de las fuerzas oscuras de la vida, tan poderoso, tan vital, tan irremediable como aquel hermoso árbol, como aquella arrulladora montaña» (3-IX-1939). El poeta se reconoce como un vencedor de la muerte, pues ha depositado su fe en la poesía que desborda los límites aparentes. La poesía es «el más hermoso acto de amor»: «cuando yo canto, hablo de mí, pero hablo del mundo, de lo que él me dicta, porque esto es la inspiración» (*ibidem*). Esta carta resulta primordial para establecer la poética aleixandrina. A ella se suma la XIX, en la que Vicente Aleixandre parece olvidado de la que hemos transcrito fragmentariamente: «Verdad es que yo en mis cartas casi no te he hablado de poesía. Me sorprende un poco sin sorprenderme del todo. La poesía estaría y estaba presente en mí, como la temperatura de la sangre, y ella de seguro colorearía de algún modo mis palabras y mis sentimientos. Lo que no hacía yo es “tratar” de poesía. ¿Para qué? Si se habla de soledad o de amor, la poesía nos tiene en sus brazos aunque no la mencionemos, y desde ella, como desde nosotros mismos, hablamos» (17-XII-1943). Le ha escrito sobre el amor, la pena, su vocación, su destino, sobre la muerte... En todo ello habitaba la poesía perdurable, permeaba cada frase interiormente.

Nos sorprende encontrar una referencia a lo que podría configurar una «novedad» dentro de la poética aleixandrina: «He hecho algunos “pensamientos” sobre poesía, y quiero hacer más [...] Te los daré para octubre, si puedo rematarlos antes de salir de aquí [Miraflores]. En esos “pensamientos” soy un “moralista”. Para que veas. Fíjate que el primero es éste: “Cada día está más claro que toda poesía lleva consigo una mo-

ral''» (XXXVIII, 26-VIII-1950). (Aleixandre, entonces, parecía sentirse un poco aristotélico, quizá sin saberlo él mismo.)

Mucho antes, había reconocido que si era verdad que a Garcilaso no le podrían quitar el dolorido sentir, a él no le podrían quitar «el dolorido y vívido recordar del paraíso, ni quizá la facultad de entender las eternas alas y posar mi pie en el secreto reino...» (IX, 12-VIII-1941). Notoria es su evolución en pocos años.

7. **Su creación.** En algunas cartas el poeta revela a su amigo «secretos» de su hacer poético en relación con su vivir. Destacamos una afirmación: «Yo escribo versos, todavía escribo versos. Esto en mí será como la vida, a lo que parece, y me dejará con la muerte. Eso y el amor, el inapresable rayo lunático, que le tiene a uno también un poco lunático». Agrega más adelante: «Mis poemas no suelen ser historia inmediata, sino historia absoluta» (X, 29-VIII-1941).

¿Para quién escribe? «Mi poesía habla a los hombres, se encara con los seres vivos, y un hombre solo que me escuche tiene que oírme como si en él estuvieran representados todos los hombres» (XXII, 29-VI-1944). Ha publicado *Sombra del Paraíso* y quisiera que su voz llegase a muchos sitios y a todos los hombres. Debe reconocer el éxito de su mensaje: «Por todas partes me empiezan a llegar de pronto cosas, ecos de que no canté al vacío inmediato. Y aunque yo casi escribo más para cuando yo me haya muerto que para «la casa de vecindad» en que vivimos, siempre me gusta hallar eco en las almas y no acordarme demasiado de Larra» (XX, 7-VIII-1944).

¿Cómo escribe? Sus libros los siente «orgánicamente» y estudia con cuidado el desarrollo de todas y de cada una de sus partes (LXXVIII, 11-VII-1961). Aún más: «¡Cuántos temas posibles que yo siento me llaman si los veo! Necesito verlos. Por ejemplo, el tema de los hospitales. Ese tema humanísimo podría tratarlo y me apetece, pero tendría que ser a base de visitarlo y vivirlo y tentarlo largamente. Es curioso. Yo que tanta imaginación usé en la primera parte de mi poesía, ahora necesito tocar minuciosamente lo que vaya a cantar, hasta el encarnizamiento. Son los dos ciclos que dijo Valente de mi poesía: el ciclo de la realidad imaginada y el de la “realidad reconocida”» (LXXXIII, 8-IX-1961). De acuerdo con su crítico, reconoce los dos grandes enfoques de su visión poética, sosteniéndose con ahinco en el último.

8. **La Naturaleza.** Vicente Aleixandre manifestó siempre —y lo evidencia en alguna carta— que le gustaba la montaña pero que prefería el mar «infinitamente más». No obstante, sabe hacer distinciones. Desde Valencia escribe a José Luis Cano: «El Mediterráneo de aquí no es como el amado mar de Málaga. No tiene ese color azul ebrio de intensidad, saturada hasta la exasperación, que yo amo y que ilumina mi *Sombra del Paraíso*. Este mar de aquí está levemente desteñido por una verdosidad que puedo querer en el furioso Cantábrico, espumeante y libre, pero que aquí no hace sino empalidecer la quietud, el éxtasis, sin añadirle fuerza» (XIV, 12-V-1943). Bellas descripciones de La Toja son fondo de otra carta del mismo año.

9. **La juventud.** Este motivo temático entreteje y enlaza varias cartas. Acaso la más significativa sea la XCIII porque en ella el poeta descubre ante su amigo su pensamiento y sentir desnudos, en su alta madurez: «Uno ahora quisiera ser joven, pero con la conciencia de ello; conciencia que no tiene el joven, pues no puede tenerla. Cuando

a mí los jóvenes me cuentan su vivir, me doy cuenta de que viven en presente, que es el modo de vivir en cénit. No hay perspectiva. No hay por tanto conciencia. Es en cierto modo, en escala distinta, lo que le pasa a "Sirio", mi perro, que vive en absoluto presente, con soberana ignorancia del tiempo. Por eso en mi poema "A mi perro" él es el fuerte y yo soy el débil. Pero quisiera ser fuerte como los jóvenes, los muy jóvenes, bajo el sol, en el ápice de la ola. ¡Pero sabiéndolo! (23-VII-1963). Poética utopía, humana imposibilidad.

Los *Poemas de la consumación* eran para Vicente Aleixandre «un canto trágico de la juventud». Según declara en la carta CXXVI, es uno de sus libros que más le acompañan desde que lo escribió: «Con su testimonio me hace sentirme consciente de lo que, para mí, en la vida, es la juventud. Esta sensación, esta convicción se prolonga en mí hasta el fin. Yo me atrevería a decir que el resto miente. (Aunque nadie se engañe sino a sí mismo)» (22-VII-1976).

Final

Muchos otros temas merecerían comentarios y citas, pero ya no es posible prolongar estas páginas. Para concluir diremos que el *Epistolario* a José Luis Cano termina en un *decrecendo*: la precaria salud del poeta y, sobre todo, el estado de su vista le impiden leer y escribir. La carta que cierra el libro, es un broche de patetismo: «Ya ves que te escribo con rotulador, pues sólo así veo algo de lo que escribo. Apenas escribo cartas, breves, y que no releo, de modo que allá van como salen» (CXXVI, 27-VII-1976).

Concha Zardoya

Dos libros de José Luis Cano

José Luis Cano es un hombre de letras, no sólo versificador inagotable y «empresario» de inquietas, y largas, andaduras culturales, como podrían ser la colección de poesía *Adonais* y la revista *Insula*, sino, y ello tiene especial importancia, ocupado de cuanto sucede y ha sucedido a su alrededor en el terreno de la literatura en los últimos 50 años, pero entroncando estos sucesos en los ámbitos sociales y políticos de esta España tantas veces amarga y disparatada. De ahí vienen por ejemplo sus artículos y notas sobre la relación que a lo largo de los años ha mantenido con personas tan interesantes como el inmortal Vicente Aleixandre, sus críticas de libros, y, luego, su intensa labor poética.